

La epopeya de la clausura Boswell en cuestión

Christopher Domínguez Michael

No encuentro ningún motivo para dudar de la veracidad de las descalificaciones esgrimidas contra James Boswell (1740-1795). Acabo de leer cuatro libros suyos y concuerdo en que el amanuense de Samuel Johnson (1709-1784) fue una persona por cuya amistad nadie daría un penique... salvo el doctor Johnson quizá. Fundador de la biografía moderna y del periodismo como gran literatura, Boswell parecía condenado a depender del azar y de la necesidad hasta que el jueves 16 de mayo de 1763 lo presentaron con el padre de la filología inglesa. Hoy sabemos más de la sombra que del hombre, pues los papeles de Boswell, redescubiertos durante nues-

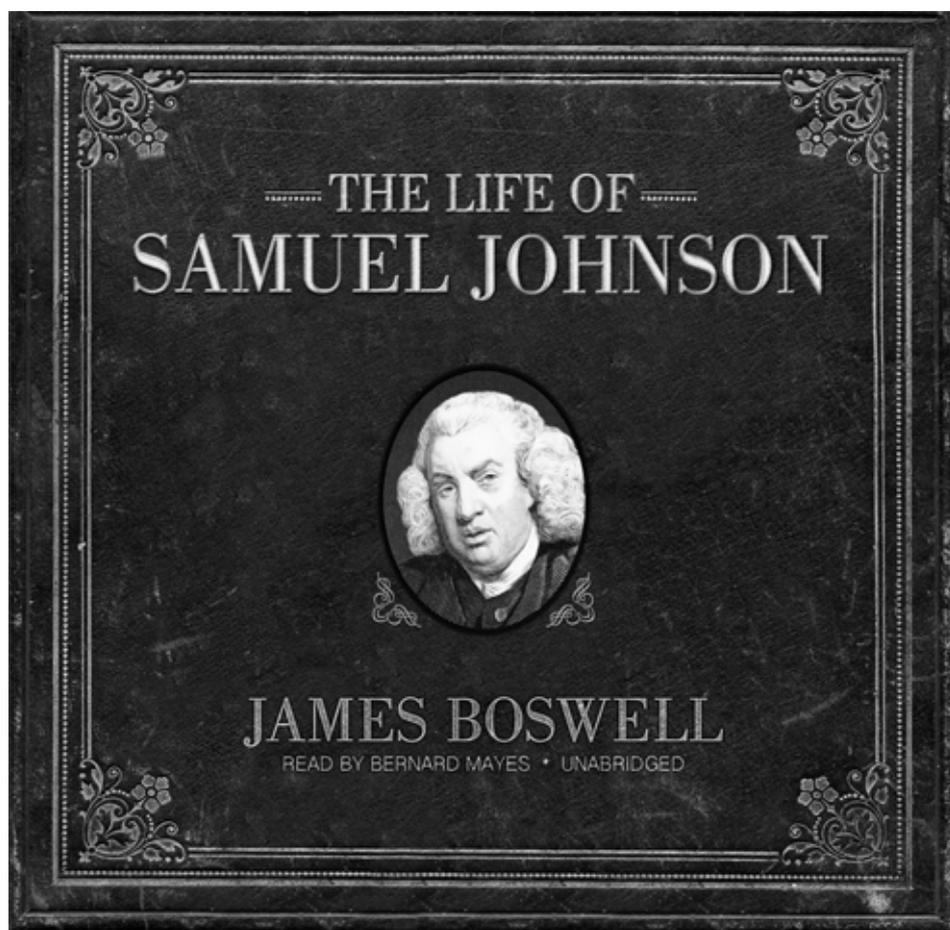
tro siglo, están a la mano: el *Diario londinense*, el *Encuentro con Rousseau y Voltaire*, una nueva edición abreviada de *La vida de Samuel Johnson* prologada por Fernando Savater, así como el estudio clínico de la sexualidad de Boswell redactado por William B. Ober (el título en inglés es *Boswell's Clap...* Pudibundez inquietante).

Lytton Strachey, inconcebible sin *La vida de Samuel Johnson* (1791), admitió que “uno de los éxitos más notables en la historia de la civilización lo consiguió una persona que era un vano, un lascivo, un borracho y un snob”. Eso y cosas peores fue Boswell. Su *Diario londinense* cuenta la llegada, a principios de 1763, de un jo-

ven noble, sin oficio ni beneficio, desde su natal Edimburgo hasta Londres. El libro concluye apenas siete meses después, una vez que ha conocido a Johnson, al actor Garrick y al dramaturgo Sheridan junto a una pequeña sociedad de aristócratas que a mí no me dice nada. Boswell escribe su diario para un amigo y protector, quien le ha indicado que es de buen gusto hacer tal cosa —hoy diríamos que formativo—. Y James lo hace con la pulcra imbecilidad del principiante: cuidando el estilo, anotando tonterías y gastos menores, buenos propósitos incumplidos, haciéndose el interesante en la medida en que su medianía se lo permite.

Fascina, sin duda, lo lejos que Boswell está todavía del Romanticismo. No ha leído el *Werther*, de Goethe, que aparecerá en 1774 ni nadie le ha dicho que la juventud es sinónimo de genialidad ni de búsqueda del absoluto o una probadita del fracaso existencial. James sólo quiere triunfar —en los salones o en la milicia, le da igual—. Y se convierte en el inventor del buen periodismo no tanto gracias al encuentro con Johnson, sino a un milagro de la escritura. Atildado y necio, al contar su cretina vida, Boswell se autodescubre y convierte su diario en una crónica de sus aventuras venéreas, admirable tanto por su precisa honestidad como por la ausencia cabal de pretensiones artísticas. Caso sin precedentes en la literatura europea, Boswell no escribe por curiosidad por el semejante, como Pepys, su antecesor, ni tiene nada que confesar, como Rousseau; lo hace porque le dijeron que debía hacerlo y lo va realizando con un entusiasmo ponderable.

Sin ánimo picaresco y sin coartada moral, su *Diario londinense* cuenta las minu-

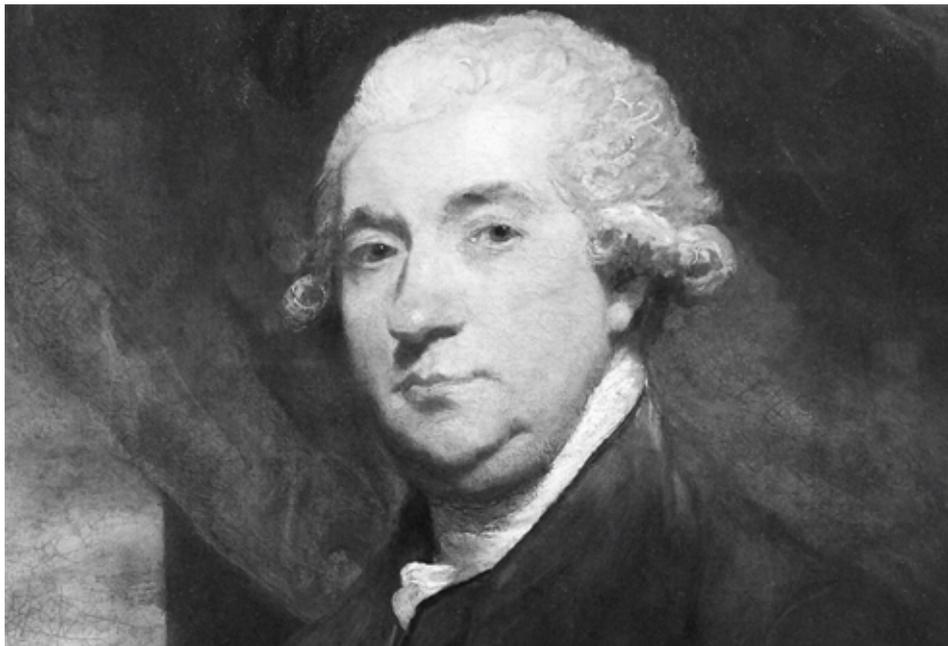


cias de su comercio con actrices y prostitutas, a quienes infecta de gonorrea, y a las que luego despide, culpándolas de la infección, regateándoles sus honorarios. La vileza sin mácula de remordimiento puede ser tan desagradable como una página del Céline más avieso. Un texto así tenía que caer en manos de la ciencia. El doctor Ober, en *La infección de Boswell*, hace con esta historia clínica y su desenlace fatal, un prodigio de la literatura médica, sólo posibles gracias a la precisión boswelliana, a la que debemos, entre otros detalles, los datos más precisos, nunca antes recogidos, sobre el uso del condón en el siglo XVIII.

La sexualidad de Boswell no fue distinta a la de cualquier varón de su época y de tantas otras: desenfrenada y vulgar, perversión carente de todo interés romántico o psicoanalítico. Pero fue esa meticulosidad la que lo enseñó a escribir, con rapidez asombrosa, de tal forma que cuando cambie la narración de su propia patología al retrato del monstruoso Johnson, tendremos al Boswell que admiramos, prosista formidable cuyo conocimiento del mundo parecía limitarse sólo a lo que está por debajo de la cadera. Savater se alegra de que Boswell, tan indecente, haya producido algo muy superior a la decencia.

Acababa de conocer a Johnson cuando Boswell cierra su *Diario londinense* para viajar a Môtiers con el propósito de entrevistar al controvertido autor, de fama explosiva y reciente, de *Julia, o la nueva Eloísa*, *Emilio* y *Del contrato social*: Jean-Jacques Rousseau. Frente al misántropo y paranoide letrado suizo, descubrimos en Boswell al inoportuno proverbial, inculto y basto, quien se convierte en persona entrañable para sus famosas víctimas gracias a una combinación magistral de desprecio y zalamería. Jean-Jacques no le dijo nada interesante a Boswell, pero entre los retratos y autorretratos del ginebrino, me quedo, por su brevedad y contundencia, con el esbozo boswelliano del veje frágil, gruñón, al garante de todas las tempestades.

Envalentonado por su primer éxito, Boswell parte de inmediato por una presa más fácil y más escurridiza a la vez, el Voltaire consagrado en Ferney. A diferen-



James Boswell

cia de su enemigo Rousseau, el autor de *Cándido* vive cómodamente en su castillo y está acostumbrado a recibir curiosos mal o bien recomendados. El patriarca de Ferney descubre que lo visita un cretino y lo trata como tal, perdiéndolo de vista entre su vasta concurrencia de admiradores. Boswell no se amilana. Carece de escrúpulos y seduce a la sobrina de Voltaire como a la concubina de Rousseau (a la primera no fue necesario pedirle favores sexuales; la segunda, más tarde, fue su amante). Madame Denis ofrece hospedar al intruso bajo el techo de su tío Arouet.

El diálogo, inevitable al fin, debido a la pujanza de Boswell, resuelve el enigma de la perplejidad provocada por la insignificancia del periodista frente a los grandes personajes de aquel tiempo:

—Cuando vine a verlo pensé que vería a un hombre muy grande pero también muy malo, le espetó Boswell.

—Es usted muy sincero, respondió Voltaire, quien escucha las pálidas profesiones de fe cristiana del reportero, asombrado el edimburgués de que el filósofo dude de la inmortalidad del alma en su *Diccionario*.

—¿No es la inmortalidad una fantasía agradable? ¿No es más noble?, pregunta Boswell.

—Si usted abriga un noble deseo de ser rey de Europa, le responde Voltaire, usted dirá “lo deseo y solicito su protección para continuar deseándolo”. Pero, co-

mo la inmortalidad del alma, es agradable, pero improbable.

A su manera póstuma, una vez muerto él mismo y desaparecido el Antiguo Régimen, Boswell fue, con alguna probabilidad, rey de Europa, como se lo vaticinó hipotéticamente el señor de Ferney. Quien no escribía para ningún periódico, ese Boswell, los fundó todos, al buscar a Rousseau y a Voltaire sin otro ánimo que presumirlos como conquistas en el café o en el salón. Entendió que sólo la impertinencia pequeñoburguesa, tan distinta de la reglamentada ligereza aristocrática de Beaumarchais o Casanova, podría crear esos papelotes portátiles y desechables. Se dice con razón que no hay nada más viejo que el periódico de ayer. Pero sólo los verdaderos inoportunos, aquellos que examinan su gonorrea con delectación o siguen sin pausa a los grandes del mundo y de la gloria, como diría De Torres Villarroel, fundan nuevos géneros o vulgarizan otras literaturas.

Boswell decía que “hasta el ser humano más estúpido recordará alguna que otra anécdota de los grandes hombres a los que haya tenido ocasión de ver”. Y James Boswell lo recordó todo, de la vida de Samuel Johnson para empezar, y convirtió su cretinismo de filisteo en la momentánea pero indispensable grandeza del periodismo, maldecida, pero sin cuya dosis de banalidad perderíamos las ganas de escuchar el ruido del mundo. [1998] **U**